

A circular postmark from NACON, EVOLG. The text "NACON" is at the top and "EVOLG" is at the bottom of the circle.

fuera de puertas, por la histórica Via
Appia, en un trayecto larguísimo.

JOSÉ A. GONZÁLEZ & C

Grandes Barracas de maderas, fierros y toda clase de artículos de construcción,

ALMACEN DE COMESTIBLES Y DEPÓSITOS DE HERRAMIENTAS AGRÍCOLAS EN GENERAL

ESTA CASA ES LA MÁS ANTIGUA Y MEJOR SURTIDA EN SUS RAMOS Y VENDE MUY BARATO

UNA DE LAS BARRACAS ESTÁ EN LA CALLE URUGUAY ESQUINA COLÓN, Y LA OTRA FRENTE A LA ESTACION DEL FERRO-CARRIL SAN JOSE

Al llegar a Santa María Maggiore se empezaban ya a oír toques de cornetas repiquetros de campanas, músicas, organillos, mil ruidos confundidos que producían una vibración sonora en el ambiente de luz de aquella fiesta nocturna. Quien no llevaba una, llevados ó tres campanas de barro cocido, de diversa sonoridad, desde el más agudo tintineo hasta la gravedad de un cencerro, produciendo un ruido infernal, desconcertado y penetrante, dentro del cual se destacaban los requintos de los cuernos y trompetas de lata, acompañados con redobles de tambores, y cascabeles de panderos, agrupándose la gente ante los puestos que exhibían platos lecheros asados, entripados de adobos y yerbas aromáticas, flanqueados por altos muros de frascos de vino empajados, mientras en cada mesa se elevaba una pirámide de caracoles, conviviendo todo a la natural.

A las diez era ya inmenso el gentío, que podía calcularse por arriba de las cien mil almas. Una hora después era el doble, y entre duce y una de la noche, ya no podía adivinarse el número, pues lo mismo pudiera decirse que había doscientos como trescientos mil personas apiñadas en un trayecto de más de dos kilómetros, sin contar el piazal extensísimo de la Santa Cruz, que presenta ba aspecto soberbio y majestuoso, con sus millores de luces multicolores, sobresaliendo aquí y allá grandes estrellas de gas como astros de primera magnitud entre la aureola de las pequeñas luminarias. Y la muchedumbre crecía a cada minuto por oleadas, viniendo la creciente por la Vía Merulana rebosante de gente de una acera a la otra, sin dejar mas que el preciso espacio para la doble fila de carruajes que iban y venían, centenas y centenares, desfilando lentamente, al paso de los caballos inquietos y azorados con toda aquella algarabía.

Era toda Roma que se esparcía en los contornos de la Basilicata de San Juan, viniendo de todos los extremos, desde el Trastevere, desde los Prati dei Castelli, desde Porta Pinciana, Porta Salaria y Porta Pia, afluyendo a la Vía Merulana que regurgitaba como el tubo de un embudo derramando un chorro vivo en la esplanada de la Santa Cruz, mientras otra corriente venía de la Vía Appia, desembocando en aquel mar movido y bullicioso que por momentos se aborrotaba, arrastrada la muchedumbre de un lado a otro por alguna novedad mas ruidosa ó estrafalaria, persistiendo entre los gritos y carcajadas, como un acompañamiento continuo, el tintineo de las campanas de barro, la trompetaría de los cuernos y pifanos de lata, mezclados con el pregon incessante de los vendedores de claveles rojos, de ajos en flor, de magazos de alhucena: *agili jelligi jgárgili, japlazetta!*

A ratos crecía el clamoreo de la multitud, acogiendo la llegada de carros vistosamente adornados é iluminados, dentro de los cuales iban comparsas de músicos que al son de guitarra, violines y mandolinos, se entonaban canciones romanesas, y por todos lados se cruzaban grupos de cantores a plé, que hacían coro a los de los carros, y el contento y la algarazía crecían por momentos cuanto mas avanzaba la noche, al mismo tiempo que se iban derrumbando las pirámides de caracoles; y desaparecían los lecheros y quedaban arrastrados los rimeros de frascos de vino de Frascati, de Castelgandolfo de Albano, de Marino, de todos los castillos romanos que producen deliciosos mostos treidoramente embriagadores, los alamados *viní del Castillí*, tan apesados al terruño que los produce, que se desvirtúan apenas sales saca de la quereña, perdiendo su sabor y perfume especial.

Desde lo alto de una terraza improvisada bajo un cañizo entretejido de yerbas y pampas, se abarcaba todo el conjunto de la fiesta: al centro la gran esplanada, hinchada de gente, iluminada profundamente de farolillos, antorchas y estrellas de gas, a cuyo resplandor se destacaba en toda su magnitud la fachada de San Juan de Letrán coronada de estatuas, a un lado la Vía Merulana, empinándose en toda su extensión hasta el Esquino, donde se columbraba, al reflejo de las lunas maris, el obsecro de la plaza, y mas arriba todavía, el campanario de Santa María Maggiore, al otro lado, el arco de la Porta Giovanni, por entre cuya cumbre se divisaba un largo trecho de la Vía Appia, trazando una senda de luz entre la campiña desierta; y de un extremo a otro reverberaba como una niebla de polvo luminoso, mientras en lo alto del cielo brillaba la luna como una lámpara de plata colgando del centro de la amplísima cúpula azal.

Y cuando parecía que era ya imposible que creciera el bullicio, ni que aumentase la iluminación, al que se apañase mas la multitud, todavía se levantó un clamoreo estentóreo que hizo enmudecer las campanas, las trompetas, las músicas y los cantos; todavía se arremolinó y precipitó la muchedumbre en legiones innumerales, lo que daba brío a una ciudad que hizo palidecer la de los feroces, antorchas y focos de gas, iluminando con resplandores rojizos una gran extensión de la campiña con altísimas llamas voladoras. Era una inmensa parva de hano seco que un descuido ó una malicia había incendiado al extremo de la Vía Appia, convirtiéndose en pocos minutos en una hoguera colosal que hizo olvidar por un momento la fiesta, atraída la curiosidad por el espectáculo inesperado y grandioso que ofrecía aquella hoguera monstruosa, empuñada de llamas, remedando la cabeza de una Medusa gigantesca con cabellera de sierpes de fuego, mientras la muchedumbre, indiferente al desastre, bailaba en torno una ronda infernal, cantando y repicando campanas, y haciendo sonar centenares de trompetas discordantes, y riendo de los esfuerzos que los dueños del bajoro hacían por evitar que el fuego saltase a otras parvas y a quienes se veía cruzar como sombras fantásticas entre los resplandores del incendio, cuyos reflejos iluminaban una vasta región, alcanzando a dorar las cúpulas de toda Roma.

EL ARZOBISPADO

En general, se puede afirmar que ninguno de los actos del gobierno, que le hacen acreedor a la censura popular, nos toma de improviso. Mucho tiempo antes de que uno de tales actos se produzca, la opinión recibe numerosos avisos que le preparan, acostumbrándola poco a poco a la idea de lo que va a suceder. Las barrabasadas del gobierno, aun las mas gordas, no se producen repentinamente, no aparecen de subito ni sorprenden a los que las presencian y las soportan. Primero un simple rumor cuya procedencia se ignora da la voz de alarma; el rumor se hace cada vez mas sério, mas consistente, y cuando la opinión pública se muestra disgustada con él, desaparece momentáneamente como si fuera tan solo el producto de las cavilidades de los opositores. Durante algun tiempo la escena se reproduce; surge y desaparece la versión alarmante, hasta que al fin, un día, cuando la opinión parece haberse cansado de comentar el caso, el rumor se hace realidad y el gobierno descarga el golpe que durante largo tiempo tuvo pendiente sobre nuestras cabezas.

Durante la presidencia del señor Idiarte Borda no para de ahí el respeto a las exigencias de la opinión pública.

Los hombres que actualmente nos gobiernan no retroceden ante los clamores populares. Se detienen algunas veces para dejar que pase la efervescencia de los primeros momentos, y después prosiguen su marcha con la conciencia de su propia inflexibilidad característica de ese optimismo oficial que algunos han tenido el coraje de aplaudir incondicionalmente. En materia de respeto a la opinión es esto lo único que nos ha proporcionado la maravillosa evolución colectivista que pone al fraude y al desorden administrativo el visto bueno de unos cuantos ciudadanos honrados. Algunos viven muy satisfechos con esto, pero nosotros somos descontentadizos, pesimistas y otras cosas pobres, de manera que tan estupefactos por esos no nos seducen, ni nos dejan con la boca abierta.

Para llevar a cabo la creación del arzobispado, el Gobierno ha contemplado también a la opinión, dentro del cómodo sistema que dejamos expuesto. Hace ya mucho tiempo se decía que el actual ministro de Relaciones Exteriores y Culto se manifestaba desoído al dar mayor importancia a la Iglesia Nacional, obsequiados con el arzobispado. Se anunció mas tarde un mensaje, que, con tal objeto, debía ser dirigido a las Cámaras; y al fin, atenuada la mala impresión que estos diceres y otros anuncios habían producido, el mensaje fué dirigido al Cuerpo Legislativo, donde durmió durante cierto tiempo, un sueño reparador. Ahora va la vencia: después de sacarle el cuerpo al asunto, el Senado parece dispuesto a ocuparse de él, y la Comisión de Legislación ha comenzado su estudio. Dicen los mas que el proyecto pasará; los menos que será rechazado. Pero, en Cámaras *evolucionistas* no es cosa corriente rechazar un proyecto del Poder Ejecutivo; de manera que ya tenemos arzobispado con todos los gastos que su instalación y sostenimiento importaran al erario público.

No estamos en días de agitación religiosa; y tanto el fanatismo ultramontano como la clerofobia encastran mal preparado el espíritu del pueblo. Siendo esto así, la creación del arzobispado produce la exaltación que hubiera producido en otro tiempo. Pero con toda calma, y sin necesidad de proclamarse anti católicos la gente sensata no puede ver con buenos ojos el proyecto del Poder Ejecutivo, desde que ni una sola razón digna de ser atendida puede ser invocada en su favor, cuando al mismo tiempo son muchas y de verdadero peso las que aconsejan su rechazo. Para dejar bien comprobado lo que decimos queremos examinar unas y otras, tarea bastante facil y que realizaremos con la brevedad posible.

Debemos indagar ante todo que clase de necesidades está llamado a llenar el arzobispado, y difícilmente hallaremos la respuesta si los que persiguen su creación no la dieran cada vez que tratan de justificar sus deseos. Cuando se anunció por primera vez el proyecto del Poder Ejecutivo se dijo que su verdadero fin era evitar a nuestro obispo el desagrado de ocupar el último puesto en un congreso que celebrarian dentro de poco tiempo los jefes de la Iglesia católica en este continente, pero, tan ridicula y hueca es semejante razon que parece imposible que alguien haya pensado en ella. Su gran voz corriente, monseñor Soler se halla dotado de una inteligencia muy clara, la cual unida a la ilustración muy vasta que tambien se le atribuye, debiera disipar en el ánimo de los católicos uruguayos todo temor acerca del papel que su jefe representaría en un congreso americano, cualquiera que fuere la colocación que por la antigüedad ó la gerarquía le correspondiera. En Europa y en América muchos de nuestros compatriotas han demostrado a menudo con su erudición y su talento

que no es absolutamente cierto aquello de que el último mono siempre se ahoga,—de modo que, bajo este concepto, la creación del arzobispado no puede ser considerada como una exigencia ineludible de las circunstancias. Juzgada la cuestión desde otro punto de vista, podremos arribar a distinto resultado? Vamos a tratar de averiguarlo.

A menudo se dice que las religiones no consiguen dominar y gobernar a las masas, sino mediante ciertas exterioridades pompasas que impresionan fácilmente a los espíritus incultos. Cuando las Cámaras discutieron, hace algunos años, la partida de unos cuantos miles de pesos para el obispo de Montevideo, casa, carruaje y otros gastos de representación, varios diputados y varios senadores hicieron el argumento que dejamos expresado, cuando llegó el momento de que fundaran sus votos. Pero el argumento no vale gran cosa: para impresionar al pueblo, para conquistar sus simpatías, para conducirle con felicidad hasta los altares de una religión cualquiera, son, indudablemente, medios eficaces las pompas, el lujo, las exterioridades brillantes y grandiosas; pero sobre tales medios, que algo tienen de fútil, que no son precisamente los que utilizó Jesu-Cristo para conquistar prosélitos, hay otros mas nobles y mas dignos, aunque mas cómodos. La humildad, la modestia, la bondad, la abnegación evangélica tienen sobre el espíritu de un pueblo influencia mas poderosa que todas las exterioridades aparatosas que por lo general se emplean con tal fin. Por eso nuestro pueblo guiará con cariño la memoria de Jacinto Vera, sin embargo de que jamás buscó el otro manera de atraerle y dominarle, que el espectáculo conmovedor de las virtudes mas puras y mas sencillas.

Tampoco aquí encontramos por lo tanto, una prueba de la necesidad del arzobispado. La verdad es que semejante prueba no aparece en ninguna parte y que, en un país que solo tiene ochocientos mil habitantes, bastan y sobran para tutelar los intereses de la religión católica, un obispo con dos auxiliares y un cuerpo bastante numeroso de eclesiásticos de gerarquía inferior. Si las ochocientas mil ovejas fueran de indole traviesa, ó si fueran los pastores poco avisados y poco diligentes, podría ser necesaria la sanción del proyecto del Poder Ejecutivo; pero hasta hoy ninguno de esos extremos ha sido probado, pues, si bien es cierto que algunos veces a fuerza de tirar de la cuerda la iglesia se ha quedado con ella sin conseguir nada, es imposible negarle una influencia poderosísima sobre gran parte de nuestra sociedad.

De todo lo que dejamos expresado se deduce que la creación del arzobispado no responde a necesidades urgentes, ni aun siquiera a conveniencias mas ó menos discutibles. Entre tanto la situación del erario se opone a la innovación que se proyecta, como se opone a otras muchas mas necesarias y mas legítimas al mismo tiempo porque no imponen a los fideles de una religión la carga de costear los gastos de un culto extraño. Cada vez que se produce un atentado policial se robustece la convicción de que una policía barata no puede ser buena policía, y sin embargo el gobierno sostiene siempre que no hay dinero para reemplazar de una manera conveniente a los guardianes del orden público. A menudo se palpa la necesidad de fijar sueldos elevados a los empleados del poder judicial, y sin embargo no es posible hacerlo. La opinión pública reclama continuamente reformas argentinas, y sus reclamaciones no son escuchadas porque la realización de esas reformas acarrea gastos y porque no hay fondos para soportarlos. En tal estado de cosas no es lógico, ni sensato, ni patriótico recargar el presupuesto con nue-

vas partidas para el culto, y los miembros del clero nacional, como orientales, deberían ser los primeros en rechazar la creación del arzobispado.

Sabemos perfectamente que si las cosas marcharan como deben marchar, si las Cámaras no votaran pensiones disponiendo de los dineros de la nación para regalarlos a los amigos, como lo dijo intrépidamente un diputado constitucionalista, que formó parte de las Cámaras elegidas por el general Tajes, y, sobre todo, si el desfiladero de los dineros públicos fuera para el señor Idiarte Borda y sus ministros una cosa mas natural y menos corriente, podríamos tener los presupuestos al día, y pagar bien a los empleados y llevar a cabo todas las reformas imaginables, y quedarnos todavía con un pique para crear arzobispos y colocar obispos al Sur y al Norte del Rio Negro. Pero es necesario tomar las cosas como son no como deberían ser; y en consecuencia, rechazar el proyecto de creación del arzobispado, al menos mientras tantas innovaciones urgentes quedan apañadas por la situación precaria del tesoro nacional.—El Siglo.

NOTICIAS

Sobre la escuela de Rodríguez.—Según lo anunciamos en nuestro número del domingo, se trasladaron ese día a la estación Rodríguez, los miembros de la comisión departamental de instrucción pública, con el objeto de activar los trabajos tendientes a la terminación del local para la escuela de aquel distrito, cuya obra, empezada hace ya tiempo, se halla paralizada por falta de recursos.

Un número de respetables vecinos y la subcomisión de instrucción primaria esperaban a los señores miembros, a quienes culminaron de finas atenciones.

La población de aquel distrito ha acogido la idea con entusiasmo, y el próximo domingo el señor Bernadou, presidente de la subcomisión, convocará al vecindario, con objeto de nombrar una comisión que se encargue de recolectar los fondos necesarios para llevar a feliz término, lo mas pronto posible, aquella obra que tantos beneficios reportará a los habitantes de la 2.ª sección.

Pronto talvez, tendremos el placer de ver en la estación Rodríguez concluido el edificio escolar, pues está ya por demás reconocido el patriotismo de los vecinos de aquella sección.

Pastos malos en campaña.—CONSEJOS DE UN HACENDADO.—En Paysandú no hay ganado gordo y otro tanto puede decirse de toda la campaña. El mal está en que el tiempo ha sido malo y en muchas partes han faltado los pastos. Pero se da el caso de que se note la misma escasez en regiones bien empastadas. De aquí que muchos concluyan que ese estado del ganado se debe principalmente a la mala calidad de los pastos.

Un hacendado práctico, de Paysandú, se ha preocupado de la cuestión y ha podido comprobar que, efectivamente, son esos pastos abundantes y de mala calidad los que enflaquecen al ganado. Y por experiencia propia aconseja que todos los que se encuentren con sus ganados en mal estado procedan a quemar sus campos. Garante que brotará en seguida un pasto nuevo que hará superar notablemente la gordura de los animales.

Ese mismo hacendado asegura que se exagera mucho la importancia de la garrapa en el mal estado de los ganados. Dice que en Paysandú y Rio Negro, por ejemplo, son raros los establecimientos que tienen el dafino bichito y que sin embargo allí, como en todas partes, el ganado está por tierra. El mal, pues, debe residir en los pastos debilitados, más que en otra cosa.

Força não se ha apresentado pessoa alguma á con-

